

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

¿Qué quiso decir con este cuento?

“Y usted ¿qué quiso decir con este cuento?”

Me han hecho esa pregunta cientos de veces, adultos y también niños. Nunca me pareció una pregunta trivial. Parece ingenua, encierra toda una manera de ver la literatura y condensa lo que yo, en mi poética doméstica, de entrecasa, llamaría “pisar el palito”.

¿Cuál es la distancia entre lo que “quiso decir” el escritor y lo que en realidad dijo? ¿Nos ocupamos de lo que dijo o de lo que “quiso decir”? ¿Dónde tiene su domicilio la literatura? ¿De qué trata el trabajo de escribir? ¿De qué trata el trabajo de leer?

Trata de un texto, sin duda.

Los niños pequeños a los que se les vuelve a contar por vaya uno a saber qué número de vez el mismo cuento favorito, parecen dar mucha importancia a la materialidad

del texto. Lo reconocen y lo esperan así como es, en su linealidad única, y se impacientan si el que cuenta o el que lee altera una palabra, una sola, del relato. Más aún: esperan los mismos énfasis de voz, las mismas pausas, el mismo tono, la materialidad de la materialidad del texto. Para ellos el cuento es lo que el cuento dice.

Sin embargo, esta verdad tan obvia —la literatura está hecha de palabras— parece opacarse con el tiempo. Se va imponiendo el “reduccionismo”, que poco a poco se desinteresa del texto en su materialidad y sale en persecución de las “intenciones”. “Y usted ¿qué quiso decir con ese cuento?” ¡Abracadabra! El texto desaparece, reducido a un discurso acerca del

texto, a un “argumento”, a un “tema”, a un “mensaje” o, en las formas más obvias, a una “moraleja”.

“Y usted ¿qué quiso decir con este cuento?”

Por lo general me defiendo y defiendo mi texto diciéndolo así como: “Bueno, lo que yo quise decir con ese cuento fue... ese cuento, justamente, así como es, con todas sus palabras”. (A diferencia del *Principito*, no estoy tan segura de que lo esencial sea invisible a los ojos.) “Ahí está el texto, digo, léanlo, ésa es la carne a la que hay que hincarle el diente”.

Pero el que pregunta por lo general no se convence. Toda una tradición escolar lo ha ido conduciendo a ese reduccionismo. ¿Quién no tuvo que pesquisar un “mensaje”? ¿O caracterizar un personaje? ¿O resumir un argumento? Actividades todas que no están mal en sí mismas, que pueden contribuir a desarrollar el pensamiento crítico

y que no tendrían nada de objetables si no fuese porque tienden a ir reemplazando el texto por los discursos acerca del texto —en última instancia, otros textos—, a punto tal que, luego de tanto afán reduccionista, el propio texto cae en el olvido, desaparece.

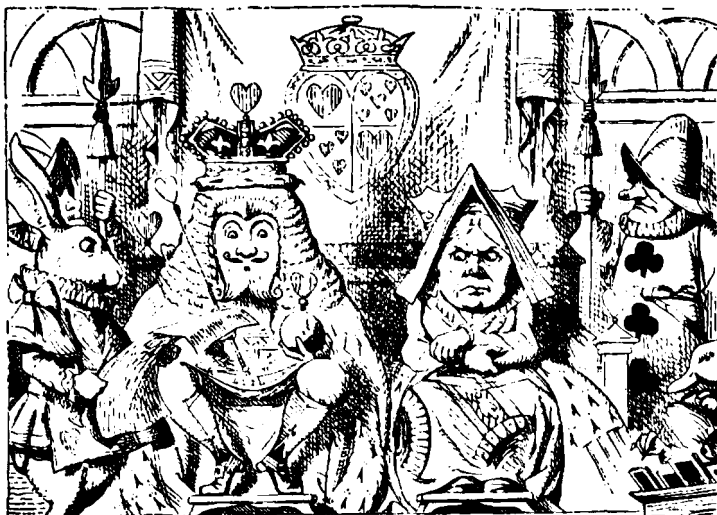
Cuando sucede esto, el lector ha pisado el palito. Ha permitido que le birlaran el texto.

Aunque eso de pisar el palito no es privilegio de los lectores. También los escritores podemos pisarlo. Y sobre todo los que escribimos para niños, que estamos tan rodeados —acosados, diría— de solicitudes extraliterarias.

Todo a nuestro alrededor nos señala que nuestro oficio —escribir para los niños— supone una responsa-



“(...) nuestro oficio —escribir para los niños— supone una responsabilidad enorme”



bilidad enorme. Y, por si no nos sentimos suficientemente agobiados por esa grave responsabilidad, hay batallones de veedores que nos acercan críticas, sugerencias, controles. Desde la psicología, la pedagogía, la pediatría, la moral y las buenas costumbres... Todos tienen un auténtico interés por el niño y se sienten por lo tanto habilitados para opinar acerca de *cómo debe ser* la literatura que les está destinada. Con todas esas recomendaciones podríamos compilar una especie de *Manual del buen escritor para niños*, que contendría exigencias tales como: que sea ameno pero sencillo, que se anime a los grandes problemas, pero, eso sí, que deje un mensaje de esperanza y, principalmente, que tenga un final feliz. Nada de demasiado miedo, ni demasiada excitación y, sobre todo, que no vaya a producir angustia: que no haya chicos que vuelan, porque eso puede inducir al lector a arrojar por la ventana, y que no haya venganzas, para no estimular los sentimientos crueles... Ah, y por favor, que no sea demasiado largo. Y si de paso puede dejar alguna enseñanza, tanto mejor.

Y los que escribimos para chicos, arrinconados por tantas y tan bienintencionadas solicitudes —que muchas veces no nos vienen desde fuera sino desde dentro, desde el adulto interesado por los niños que llevamos adentro—, de pronto... ¡pisamos el palito! Y nos sorprendemos pensando algo así como “Tengo ganas de tratar el tema de...” o “Voy a escribir un cuento para...” Y puede ser para muchas cosas. Lo cierto es que, en cuanto uno piensa ese tipo de cosas, ¡ya pisó el palito! No sentó domicilio en el texto sino en algún otro lado, por ejemplo en las “buenas intenciones”.

Y ahí comienzan los problemas porque, cuando el texto no aparece al comienzo sino tardíamente, despegado de lo que se va a nombrar, puede suceder

“Es ahí, en el texto, donde escritor y lector deberían instalar su domicilio. Y es ese el lugar del encuentro y el intercambio”

—numerosas veces sucede— que lo nombrado y el nombre van por caminos divergentes y hasta totalmente reñidos. Entonces una cosa es lo que se dijo y otra muy distinta lo que se quiso decir.

Pensemos en un cuento de intención “progresista” que hablase de la pobreza en estos términos: “La lánguida muchacha de ojos azabache y labios de coral echó hacia atrás su lacia cabellera con aire ausente y tendió su blanca mano a los viandantes, que pasaban indiferentes, sin reparar en su desoladora miseria”. Se trata, por supuesto, de un texto fraguado y algo caricaturesco, pero textos así se han visto muchos... y no son folletines de principios de siglo, como podrían suponer algunos. Aquí el “mensaje” la “intención” (lo que “quiso decir” el autor) parece apuntar a una situación social injusta, y en ese sentido cuestiona la oficialidad. Pero el texto en sí (lo que efectivamente “dice”) tiene un signo ideológico contrario; es aristocrático, decadente, trillado, estabilizadísimo, es decir refuerza la oficialidad.

Del mismo modo podría suceder que un cuento cuya intención explícita fuese la de fomentar el pensamiento crítico y la independencia de conciencia estuviese estructurado textualmente a la manera de una moraleja, como un discurso hegemónico, imperativo, que no permite divergencias.

Por eso, frente a todos los palitos que pisamos espontáneamente y a los que nos hacen pisar, lo mejor, en mi opinión, es ir con pie de plomo y... volver al texto. Es ahí, en el texto, donde escritor y lector deberían instalar su domicilio. Y es ése el lugar del encuentro y el intercambio, que imagino más o menos así, si se me permite un breve y metafórico relato:

Todo comienza con el desasosiego, cuando uno siente que llegó el momento de empezar a chapotear y después internarse medio a ciegas en el oscuro mar de las palabras.

En ese mar, en donde el que va a escribir se interna con esperanza pero también con desconsuelo, de a ratos buceando y de a ratos sobrenadando, nada es clasificable: hay palabras como peces, algunas oscuras, otras luminosas, pero también otras que son a la vez oscuras y luminosas, y algunas, pesadas, que se vuelven aéreas cuando otra las toca. Con esos peces se irá haciendo el texto. El que escribe bucea y atrapa, o no atrapa, y vuelve a la superficie, donde amasa, ordena, construye, discurre, y se vuelve a sumergir. Y el texto se va armando con ciertos peces y no con otros, con las palabras en cierto orden. Y cada orden con su constelación de significados, su profunda e irremediable polisemia.

Con esas palabras, en ese texto, y no antes que él, irán emergiendo los personajes, las acciones, las circunstancias y las ideas. Eso no significa que la razón, la discriminación, el ordenamiento y la crítica estén fuera del juego de la escritura. Por supuesto que no. Al momento más primario y animal –o más húmedo, o más ciego–, sigue otro, de “domesticación” del texto que va emergiendo y, al emerger, va creando sus propias reglas internas que tironean con fuerza al escritor hacia el texto mismo y lo obligan a comprometerse con él.

El escritor escribe y se lee al mismo tiempo, y al leerse objetiva su texto, lo extraña, lo critica, razona con él, ordena. Pero tendrá que hacerlo sin perder el contacto con el mar, en el que deberá sumergirse una y otra vez, a cada rato, y cuidando de no matar los peces que va atrapando. De ese modo, cuando llegue el tiempo del lector, y el lector se zambulla a su vez en nuestro texto, y atrape nuestros peces –nuestros peces vivos y no muertos–, y los deje caer en su propio y privado mar de palabras, sucederá ese fenómeno único, irrepetible, asombroso que es la lectura. Algo así como si esas palabras-peces, que se mantuvieron vivas en nuestro texto, se aparearan con las palabras-peces del lector, entraran en lucha con ellas, se fundieran, se deslumbraran unas a otra y crearan

un nuevo texto, el texto leído, que es en cierto modo un nuevo escrito.

Esta fusión entre dos mares de palabras –la lectura–, que produce un estallido de significaciones, explicable con la crítica, iluminable con la crítica, por supuesto, pero no *reductible* al lenguaje discursivo, sucede sólo cuando tanto el autor como el lector han sido fieles al texto y no han pisado el palito.

Algún día de estos alguien volverá a hacerme la pregunta: “Y usted ¿qué quiso decir con este cuento?” Yo trataré de convencerlo una vez más de que dije lo que dije, que, con oficio y peces vivos –los que fui capaz de atrapar–, *puse* un texto, y que ahora se trata de que él, el lector, esté dispuesto a devorarlo y dejarlo fluir en su propio mar de palabras, para que ese texto diga lo que quise y también lo que no quise decir, y lo que él, el lector, me va a hacer decir sin que yo lo sepa. 

Graciela Montes

Conferencia leída en las “Jornadas de Literatura Infantil y Juvenil” organizadas por ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina), en 1988. Publicada en 1990 en el volumen *El corral de la infancia* por Ediciones del Quirquincho y reeditado en 2001 por Fondo de Cultura Económica.

PUBLICIDAD